

La sicaresca colombiana

Narrar la violencia en América Latina

Erna von der Walde

Uno de los mayores desafíos que se presentan para pensar la América Latina de fin de siglo y comienzos del nuevo milenio es el de la creciente violencia en el continen-

te. El desafío se presenta no solo por el incremento de la violencia en el complejo panorama político y económico de la región, sino por la crisis misma de los discursos que han intentado dar razón de los problemas que acosan a América Latina.

Fernando Vallejo: *La virgen de los sicarios*, Alfaguara, Bogotá, 1994, 142 páginas.

Sin duda, uno de los países más violentos del continente, también del mundo, es Colombia. No es por tanto sorprendente que allí se haya producido en los últimos 15 años un *corpus* considerable de trabajos analíticos desde diversas ciencias sociales sobre la violencia en todas sus modalidades y se declare, incluso, la existencia de una disciplina dedicada exclusivamente a su estudio: la violentología.

Mientras las ciencias sociales encuentran un espacio delimitado en los estudios destinados a la elaboración de diagnósticos con el fin de proponer soluciones —es decir, a pensar lo posible y lo viable—, las artes plásticas y la literatura se enfrentan con una sociedad fragmentada por la violencia y por el miedo, en la que no es posible contar con referentes comunes ni consensos de significación. Colombia es una nación condenada al espectáculo diario de horrores que se manifiestan puntualmente, sin que

ERNA VON DER WALDE: profesora en el Departamento de Español y Portugués de New York University; autora de diversas publicaciones sobre letra y letrados en América Latina, teorías posmodernas y poscoloniales; en la actualidad investiga la representación de la violencia en la narrativa colombiana.

pueda saberse qué puede convertirlo a uno en víctima, sin que se consiga construir un relato que le otorgue a las violencias algún sentido. Día a día se perciben, de manera imprecisa, el deterioro, la crisis, la fractura, pero no logran articularse, no se consiguen darles una forma inteligible. A esto se suma la sensación de clausura de horizontes. Uno de los rasgos más agobiantes de la violencia en Colombia es su larga presencia, que acompaña desde siempre los eventos de la nación, sin que precipite un cambio sensible.

La novela de Fernando Vallejo, publicada en 1994, construye esta crisis de significación como el lugar mismo de enunciación del relato. La anécdota en sí es bastante sencilla. Un gramático regresa a su ciudad natal, Medellín, poco después de la muerte de Pablo Escobar, el principal capo del cartel del narcotráfico, y conoce a un hermoso joven sicario, uno de los asesinos a sueldo, los asesinos de la moto, que sembraron el terror en la ciudad bajo las órdenes del Jefe. El gramático y el sicario inician una relación romántica que se agota ante la falta de proyectos en una sociedad desahuciada. Para evitar que el tedio mate su amor, recorren las calles de la ciudad en un peregrinaje que los lleva a las diferentes iglesias y van haciendo limpieza social: matan taxistas porque escuchan radio, mujeres embarazadas porque reproducen una raza degenerada, jóvenes y ancianos porque incomodan. Cometan 16 asesinatos en pocos meses, ejecutados por el sicario bajo la autoría intelectual del gramático, que justifica sus actos con diatribas de odio contra el país, el gobierno, la raza.

La fuerza del relato de Vallejo radica fundamentalmente en la operación de lenguaje. Más allá de los eventos violentos que se narran, se siente la exasperación ante la falta de referentes, de nociones básicas que permitan hacer inteligible lo que está sucediendo. ¿Cómo hacer visible el horror de esa violencia cuando todos los que habitan ese mundo han llegado a familiarizarse con ella? ¿Quiénes pueden ser los interlocutores de una narración que no relata nada distinto de lo que muestran los noticieros de la televisión, o informa la prensa escrita, o discuten los académicos? ¿Cómo puede narrarse la violencia desde el lugar que la produce? ¿Quién, en un país en el que todos se ven involucrados, puede apelar a una escala de valores que condene? ¿Condenar a quién?

El relato de Vallejo recurre a un narrador que llega de otra parte, el gramático, quien seguramente conoce un mundo en donde la violencia desenfrenada no es la constante de la vida cotidiana. E interpela permanentemente al lector como el portador de una racionalidad y una lógica que permitan ver el escenario de muerte y violencia. Desde la aceptación tácita de la violencia como parte de la cultura, como una invasora

de todo, este relato tiene que apelar a otras miradas para hacerla visible. *La virgen de los sicarios* se mueve en la ambigüedad constante de intentar comunicar a través del lenguaje un mundo que se vuelve cada vez más incomunicable. Cuando el discurso que se ha convertido en realmente hegemónico es el del uso desenfrenado de las armas, es difícil establecer los significados. En esa situación no hay centros claros y por tanto no hay márgenes, pero esto está lejos de ser una experiencia liberadora.

El sicario es el compendio de una violencia que no se hace inteligible: en el sicariato se encuentran la violencia política con la violencia social, aquéllas que las ciencias sociales quisieron tratar como separables con la fórmula de «violencia negociable» y «violencia no negociable»; allí se encuentran también el narcotráfico con el paramilitarismo, la ausencia del Estado con el capitalismo salvaje de la globalización. Confluyen en él las cegueras de una sociedad en la que la violencia política ha sido un medio legitimado para acceder al poder y que creyó que la violencia social era culpa de los pobres. El sicario es la herencia de una sociedad normalizada cuyas elites se ocuparon de lo político y lo económico, dejando lo social en manos de las obras de caridad.

La novela de Vallejo llegó precedida de dos trabajos que le otorgaron una visibilidad particular al sicario, un personaje que se había hecho presente ya en asesinatos de políticos y sindicalistas, en las guerras del narcotráfico, en *vendettas* personales. El primero es la película documento-ficción de Víctor Gaviria, *Rodrigo D: no futuro* (1989), premio a la mejor película en el Festival de Cine Latino de Nueva York en 1990. Allí se relata la vida de los jóvenes de las comunas de Medellín; la actuación es de muchachos de las mismas comunas. El segundo antecedente es el relato testimonio de Alonso Salazar, *No nacimos pa' semilla* (1990), en el que varios jóvenes sicarios cuentan su historia. Las dos obras revelaron una situación que la sociedad colombiana no había conseguido comprender: que los victimarios eran a su vez víctimas, que la violencia en Colombia había rebasado los parámetros con los que se intentaba dar razón de ella, que se había fracturado de manera irreversible el tejido social.

Las comunas de Medellín, como los barrios marginales de tantas otras ciudades del país, surgen y crecen con las migraciones de desplazados de las violencias ininterrumpidas que han expulsado a los campesinos de sus tierras. La violencia es una presencia constante que penetra todas las instancias de la vida, tal como se hace patente en el documental de Catalina Villar, *Diario en Medellín* (1999), en el que el maestro de la es-

cuela en una comuna pide a sus alumnos que lleven un diario y que registren, además de su vida diaria en el barrio, la historia de sus familias. Portadores de los «odios heredados» de la violencia partidista de los años 40 y 50, los sicarios son asesinos a sueldo reclutados por el narcotráfico, los paramilitares, los hacendados, para realizar lo que en Colombia se llama eufemísticamente la autodefensa.

Pero el sicario no mata por razones ideológicas. Es el eco de una sociedad que a la vez que predica la igualdad afianza cada vez una desigualdad mayor. El sicariato no se explica desde las nociones de atraso constitutivo, la violencia no puede remitirse tan solo a la supervivencia de estructuras sociales, políticas y culturales premodernas. Los sicarios son también, como afirman los economistas Fabio Giraldo y Héctor López, «el reflejo, acaso más protuberante, del hedonismo, el consumo, la cultura de la imagen, la drogadicción, en una palabra, la colonización del mundo de la vida por la modernidad». Son parte de ese sector de la población mundial que ya no es incorporable a un mercado de trabajo que se reduce cada vez más, son los sobrantes sociales, los *desechables*. La sociedad «normalizada», como la denomina José Luis Romero, busca amurallarse para contener su invasión.

Pero si el lector de Vallejo cree que el mundo que se describe en la novela es algo alejado y ajeno a su realidad, muy pronto el narrador lo desengaña. El lenguaje de la novela va involucrando al lector en ese mundo; la historia de las violencias en Colombia lo convierte en un cómplice más, en autor intelectual, como lo es el gramático. Nadie puede lavarse las manos:

Ni en Sodoma ni en Gomorra ni en Medellín ni en Colombia hay inocentes; aquí todo el que existe es culpable y si se reproduce más. Los pobres producen más pobres y la miseria más miseria, y mientras más miseria más asesinos, más muertos. Esta es la ley de Medellín que regirá en adelante para el planeta Tierra. Tomen nota (p. 97).

Pues el sicariato no es solo la condensación de las violencias sociales, económicas, políticas, históricas y estructurales de Colombia. Medellín es apenas un escenario de lo que se anuncia para otros muchos lugares del planeta en tiempos de globalización: el vaciamiento de sentidos, el cierre de horizontes, el desencanto en un mundo que predica el consumo como única forma de pertenencia ciudadana. Hacia el final del relato, el gramático le pide a un sicario que le escriba en una servilleta de papel lo que espera de la vida. El joven escribe:

Unos tenis marca Reebok y unos jeans Paco Rabanne. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Calvin Klein. Una moto Honda, un jeep Mazda, un equipo de sonido láser y

una nevera para la mamá: uno de esos refrigeradores enormes marca Whirpool que soltaban chorros de cubitos de hielo abriéndoles simplemente una llave (p. 107).

Proyectos de vida que se traducen en una lista de compras. La globalización no solo reconfigura nuestros hábitos de consumo, permitiéndonos consumir en cualquier lugar del mundo las mercancías que se producen en cualquier otro. También las pobreza y las violencias que ella produceca estarán a disposición de todos.

La novela de Vallejo invita a reconsiderar el problema de la violencia en América Latina cuando los paradigmas políticos con los que se daba razón de ella han entrado en crisis. No es tan solo la violencia política de vieja data, la de la guerrilla más antigua del continente, ni la de los contingentes paramilitares o la del Plan Colombia, la que amenaza con extenderse a toda la región. Es aquella violencia que no se produce únicamente en Colombia —aunque encuentra allí un territorio propicio—, aquella que parece sustraerse a todo discurso y por tanto no consigue ser articulada dentro de una cadena causal de eventos, la que ya ha hecho su entrada en todas las sociedades.

Referencias

- Gaviria, Víctor: *Rodrigo D: no futuro* (documental-ficción), La Compañía de Fomento Cinematográfico de Colombia, coproducción con Producciones Tiempos Modernos, Ltda y Fotoclub 76, Bogotá, 1989, 92 min.
- Salazar, Alonso: *No nacimos pa' semilla*, Cinep, Bogotá, 1990.
- Villar, Catalina: *Diario en Medellín* (documental), Le Sept Arte, París, 1998.

